

cion y asombro el encontrar al talento sublime, al digno heredero del genio de Platon, que despues de haber preguntado por la verdad á todas las escuelas y sectas, despues de haber recorrido todos los errores con briosa osadía, y con indomable independencia, se siente al fin dominado por la autoridad de la Iglesia, y el filósofo libre se trasforma en el grande obispo de Hipona. En los tiempos modernos desfilan delante de mis ojos esa série de horabres grandes que brillaron en los siglos de Leon X y de Luis XIV: veo perpetuarse esa ilustre raza aun al través del calamitoso siglo XVIII; y en el XIX veo que se levantan tambien nuevos atletas, que despues de haber acosado el error en todas direcciones van á colgar sus trofeos á las puertas de la Iglesia católica.

¡Qué prodigio es este! ¡Dónde se ha visto jamas una escuela, una secta, una religion semejante! Todo lo estudian, de todo disputan, á todo responden, todo lo saben, pero siempre acordes en la unidad de doctrina, siempre sumisos á la autoridad, siempre inclinando respetuosamente sus frentes, siempre humillándose en obsequio de la fé: esas frentes donde brilla el saber, donde imprime sus rasgos un sentimiento de noble independencia, de donde salen tan generosos arranques. ¿No os parece descubrir un nuevo mundo planetario, donde globos luminosos ruedan en vastas órbitas por la inmensidad del espacio, pero atraidos por una misteriosa fuerza hácia el centro del sistema? Fuerza que no les permite el extravío, sin quitarles empero nada ni de la magnitud de su mole, ni de la grandiosidad de su movimiento, antes inundándolos de luz, y dando á su marcha una regularidad magestuosa (6).

CAPITULO IV.

Esa idea fija, esa voluntad entera; ese plan tan sábio y constante, ese sistema tan trabado, esa conducta tan regular y coherente, ese marchar siempre con seguro paso hácia objeto y fin determinado, ese admirable conjunto reconocido y confesado por

M. Guizot, y que tanto honra á la Iglesia Católica, mostrando su profunda sabiduría y revelando la altura de su origen; no ha sido nunca imitado por el Protestantismo, ni en bien ni en mal; porque, segun llevo ya demostrado, no puede presentar un solo pensamiento del que tenga derecho á decir: *esto es mio*. Se ha querido apropiarse el principio de exámen privado en materias de fé, y algunos de sus adversarios tal vez no se han resistido mucho á adjudicárselo, por no reconocer en él otro elemento que pudiera llamarse constitutivo: y ademas por reparar, que si de haber engendrado tal principio quisiera gloriarse, seria semejante á aquellos padres insensatos que labran su propia ignominia, haciendo gala de tener hijos de pésima índole, y discolos en conducta. Es falso sin embargo que tal principio sea hijo suyo; antes al contrario, mas bien podria decirse que el principio de exámen ha engendrado al Protestantismo; pues que este principio se halla ya en el seno de todas las sectas, y se le reconoce como gérmen de todos los errores; por manera, que al proclamar los protestantes el exámen privado, no hicieron mas que ceder á la necesidad que es comun á todas las sectas separadas de la Iglesia.

Nada hubo en esto de plan, nada de prevision, nada de sistema: la simple resistencia á la autoridad de la Iglesia envolvia la necesidad de un exámen privado sin límites, la ereccion del entendimiento en juez único; y así fué ya desde un principio enteramente inútil toda la oposicion que á las consecuencias y aplicaciones del tal exámen hicieron los corifeos protestantes: roto el dique no es posible contener las aguas.

“El derecho de examinar lo que debe creerse, dice una famosa dama protestante (*De l'Allemagne, par Mad. Stael, 4me partie, chap. 2*), es el principio fundamental del Protestantismo. No lo entendian así los primeros reformadores: creian poder fijar las columnas del espíritu humano en los términos de sus propias luees; pero mal podian esperar que sus decisiones fuesen recibidas como infalibles, cuando ellos negaban este género de autoridad á la religion católica.” Semejante resistencia por parte de ellos solo sirvió á manifestar que no abrigaban ninguna de aquellas ideas, que si estravian el entendimiento, muestran al menos en cierto modo la generosidad y nobleza del corazon; y de ellos no podrá decir el entendimiento humano, que le descaminasen con la mira de hacerle andar con mayor libertad. “La revolucion reli-

giosa del siglo XVI, dice M. Guizot, *no conoció los verdaderos principios de la libertad intelectual*; emancipaba el pensamiento, y todavía se empeñaba en gobernarlo por medio de la ley.”

Pero en vano lucha el hombre contra la fuerza entrañada por la misma naturaleza de las cosas; en vano fué que el Protestantismo quisiera poner límites á la estension del principio de exámen, y que á veces levantase tan alto la voz, y aun descargase su brazo con tal fuerza, que no parecia sino que trataba de aniquilarle. El espíritu de exámen privado estaba en su mismo seno, allí perseveraba, allí se desenvolvía, allí obraba aun á pesar suyo: no tenia medio el Protestantismo: ó echarse en brazos de la eutoridad, es decir, reconocer su extravío, ó dejar al principio disolvente que ejerciera su accion, haciendo desaparecer de entre las sectas separadas, hasta la sombra de la religion de Jesucristo, y viniendo á poner el cristianismo en la clase de las escuelas filosóficas. Dado una vez el grito de resistencia á la autoridad de la Iglesia, pudiéronse muy bien calcular los funestos resultados; fué desde luego muy fácil prever que desenvuelto el maligno gérmen traia consigo la ruina de todas las verdades cristianas. ¿Y cómo era posible que no se desenvolvese rápidamente ese gérmen, en un suelo donde era tan viva la fermentacion? Señalaron á voz en grito los católicos la gravedad é inminencia del riesgo; y en obsequio de la verdad es menester confesar que tampoco se ocultó á la prevision de algunos protestantes. ¿Quién ignora las explícitas confesiones que se oyeron ya desde un principio, y se han oido despues, de la boca de sus hombres mas distinguidos? Los grandes talentos nunca se han hallado bien con el Protestantismo; siempre han encontrado en él un inmenso vacío; y por esta causa se los ha visto propender, ó á la irreligion, ó á la unidad católica.

El tiempo, ese gran juez de todas las opiniones, ha venido á confirmar el acierto de tan tristes pronósticos; y actualmente han llegado las cosas á tal extremo, que es necesario, ó estar muy escaso de instruccion, ó tener muy limitados alcances, para no conocer que la religion cristiana, tal como la esplican los protestantes, es una opinion y no mas; es un sistema formado de mil partes incoherentes, y que pone el cristianismo al nivel de las escuelas filosóficas. Y nadie debe estrañar que parezca aventajarse algun tanto á ellas, y conserve ciertos rasgos que dan á su

fisonomía algo que no se encuentra en lo que es puramente escogitado por el entendimiento del hombre: ¿sabeis de dónde nace todo esto? Nace de aquella sublimidad de doctrina, de aquella santidad de moral, que mas ó menos desfiguradas resplandecen siempre en todo cuanto conserva algun vestigio de la palabra de de Jesucristo. Pero el endeble resplandor que queda luchando con las sombras despues que ha desaparecido del horizonte el astro luminoso, no puede compararse con la luz del dia: las sombras avanzan, se estienden, y ahogando el débil reflejo, acaban por sumir la tierra en oscuridad tenebrosa.

Tal es la doctrina del Cristianismo entre los protestantes: con solo dar una ojeada á sus sectas se conoce que, ni son meramente filosóficas, ni tienen los caracteres de religion verdadera: el cristianismo está entre ellas sin una autoridad, y por esto parece un viviente separado de su elemento, un árbol secado en su raiz; por esto presenta la fisonomía pálida y desfigurada de un semblante que no está ya animado por el soplo de vida. Habla el Protestantismo de la fé, y su principio fundamental la hiere de muerte: ensalza el Evangelio, y el mismo principio hace vacilar su autoridad, pues que la deja abandonada al discernimiento del hombre; y si pondera la santidad y pureza de la moral de Jesucristo, ocurre desde luego que en algunas de las sectas disidentes se le despoja de su divinidad, y que todas podrian hacerlo muy bien, sin faltar al único principio que les sirve de punto de apoyo. Y una vez negada, ó puesta en duda la divinidad de Jesucristo, queda cuando mas, colocado en la clase de los grandes filósofos y legisladores; pierde la autoridad necesaria para dar á sus leyes aquella augusta sancion que tan respetables las hace á los mortales; no puede imprimirles aquel sello que tanto las eleva sobre todos los pensamientos humanos, y no se ofrecen ya sus consejos sublimes como otras tantas lecciones que fluyen de los labios de la Sabiduría Increada.

Quitando al espíritu humano el punto de apoyo de una autoridad, ¿en qué podrá afianzarse? ¿No queda abandonado á merced de sus sueños y delirios? ¿No se le abre de nuevo la tenebrosa é intrincada senda de interminables disputas que condujo á un caos á los filósofos de las antiguas escuelas? Aquí no hay réplica; y en esto andan acordes la razon y la esperiencia: sustituido á la autoridad de la Iglesia el exámen privado de los pro-

testantes, todas las grandes cuestiones sobre la Divinidad y el hombre quedan sin resolver; todas las dificultades permanecen en pie; y flotando entre sombras el entendimiento humano, sin divisar una luz que pueda servirle de guía segura, abrumado por la gritería de cien escuelas que disputan de continuo sin aclarar nada, cae en aquel desaliento y postracion en que le habia encontrado el Cristianismo, y del que le habia levantado á costa de grandes esfuerzos. La duda, el pirronismo, la indiferencia, serán entonces el patrimonio de los talentos mas aventajados; las teorías vanas, los sistemas hipotéticos, los sueños, formarán el entretenimiento de los sabios comunes; la supersticion y las monstruosidades serán el pábulo de los ignorantes.

Y entonces ¿qué habria adelantado la humanidad? ¿Qué habrio hecho el Cristianismo sobre la tierra? Afortunadamente para el humano linage, no ha quedado la religion cristiana abandonada al torbellino de las sectas protestantes; y en la autoridad de la Iglesia Católica, ha tenido siempre anchurosa basa donde ha encontrado firme asiento para resistir á los embates de las cavilaciones y errores. Si así no fuera, ¿á dónde habria ya parado? La sublimidad de sus dogmas, la sabiduría de sus preceptos, la uncion de sus consejos, ¿serian acaso mas que bellos sueños contados en language encantador por un sabio filósofo? Sí, es preciso repetirlo; sin la autoridad de la Iglesia nada queda de seguro en la fé, es dudosa la divinidad de Jesucristo, es disputable su mision; es decir, que desaparece completamente la religion cristiana; porque en no pudiendo ella ofrecernos sus títulos celestiales, en no pudiendo darnos completa certeza de que ha bajado del seno del Eterno, que sus palabras son palabras del mismo Dios, que se dignó aparecer sobre la tierra para la salud de los hombres, ya no tiene derecho á exigirnos acatamiento. Colocada en la série de los pensamientos puramente humanos, deberá someterse á nuestro fallo como las demas opiniones de los hombres; en el tribunal de la filosofía podrá sostener sus doctrinas como mas ó menos razonables, pero siempre tendrá la desventaja de habernos querido engañar, de habérsenos presentado como divina cuando no era mas que humana; y al empezarse su discusion sobre la verdad de su sistema de doctrinas, siempre tendrá en contra de sí una terrible presuncion, cual es el que con respecto á su origen habrá sido una impostura.

Gloríanse los protestantes de la independenciamiento, y achacan á la religion católica el que viola los derechos mas sagrados, pues que exigiendo sumision ultraja la dignidad del hombre. Cuando se declama en este sentido, vienen muy á propósito las exageraciones sobre las fuerzas de nuestro entendimiento; y no se necesita mas que echar mano de algunas imágenes seductoras, pronunciando las palabras de *atrevido vuelo*, de *hermosas alas*, y otras semejantes, para dejar completamente alucinados á los lectores vulgares.

Goce enhorabuena de sus derechos el espíritu del hombre, gloriése de poseer la centella divina que apellidamos entendimiento, recorra ufano la naturaleza, y observando los demas seres que le rodean, note con complacencia la inmensa altura á que sobre todos ellos se encuentra elevado; colóquese en el centro de las obras con que ha embellecido su morada, y señale como muestras de su grandeza y poder las trasformaciones que se ejecutan donde quiera que estampare su huella, llegando á fuerza de inteligencia y de gallarda osadía, á dirigir y señorear la naturaleza; mas por reconocer la dignidad y elevacion de nuestro espíritu mostrándonos agradecidos al beneficio que nos ha dispensado el Criador, ¿deberémos llegar hasta el extremo de olvidar nuestros defectos y debilidad? ¿A qué engañarnos á nosotros mismos, queriendo persuadirnos que sabemos lo que en realidad ignoramos? ¿A qué olvidar la inconstancia y volubilidad de nuestro espíritu? ¿A qué disimularnos que en muchas materias, aun de aquellas que son objeto de las ciencias humanas, se abruma y confunde nuestro entendimiento, y que hay mucho de ilusion en nuestro saber, mucho de hiperbólico en la ponderacion de los adelantos de nuestros conocimientos? ¿No viene un dia á desmentir lo que asentamos otro dia? ¿No viene de continuo el curso de los tiempos burlando todas nuestras previsiones, deshaciendo nuestros planes, y manifestando lo aéreo de nuestros proyectos?

¿Qué nos han dicho en todos tiempos aquellos genios privilegiados á quienes fué concedido descender hasta los cimientos de nuestras ciencias, alzarse con brioso vuelo hasta la region de las mas sublimes inspiraciones, y tocar, por decirlo así, los confines del espacio que puede recorrer el entendimiento humano? Sí, los grandes sabios de todos tiempos, despues de haber tanteado los

senderos mas ocultos de la ciencia, despues de haberse arrojado á seguir los rumbos mas atrevidos que en el órden moral y físico se presentaban á su actividad y osadía en el anchuroso mar de las investigaciones, todos vuelven de sus viages llevando en su fisonomía aquella espresion de desagrado, fruto natural de muy vivos desengaños; todos nos dicen que se ha deshojado á su vista una bella ilusion, que se ha desvanecido como una sombra la hermosa imágen que tanto los hechizaba; todos refieren que en el momento en que se figuraban que iban á entrar en un cielo inundado de luz, han descubierto con espanto una region de tinieblas, han conocido con asombro que se hallaban en una nueva ignorancia. Y por esta causa todos á una miran con tanta desconfianza las fuerzas del entendimiento; ellos que tienen un sentimiento íntimo que no les deja dudar que las fuerzas del suyo esceden á las de los otros hombres. “Las ciencias, dice profundamente Pascal, tienen dos extremos que se tocan; el primero es la pura ignorancia natural, en que se encuentran los hombres al nacer; el otro es aquel en que se hallan las grandes almas, que habiendo recorrido todo lo que los hombres pueden saber, encuentran que *no saben nada*.”

El Catolicismo dice al hombre; “tu entendimiento es muy flaco, y en muchas cosas necesita un apoyo y una guia:” y el Protestantismo le dice: “la luz te rodea, marcha por do quieras, no hay para tí mejor guia que tú mismo.” ¿Cuál de las dos religiones está de acuerdo con las lecciones de la mas alta filosofía?

Ya no debe, pues, parecer extraño que los talentos mas grandes que ha tenido el Protestantismo, todos hayan sentido cierta propension á la religion católica, y que no haya podido ocultárseles la profunda sabiduría que se encierra en el pensamiento de sujetar en algunas materias el entendimiento humano al fallo de una autoridad irrecusable. Y en efecto: mientras se encuentre una autoridad que en su origen, en su establecimiento, en su conservacion, en su doctrina y conducta, reuna todos los títulos que puedan acreditarla de divina; ¿qué adelanta el entendimiento con no querer sujetarse á ella? ¿Qué alcanza divagando á merced de sus ilusiones, en gravísimas materias, siguiendo caminos donde no encuentra otra cosa que recuerdos de extravíos, escarmientos y desengaños?

Si tiene el espíritu del hombre un concepto demasiado alto de

si mismo, estudie su propia historia; y en ella verá, palpará, que abandonado á sus solas fuerzas, tiene muy poca garantía de acierto. Fecundo en sistemas, inagatable en cavilaciones, tan rápido en concebir un pensamiento como poco á propósito para madurarle; semillero de ideas que nacen, hormiguean y se destruyen unas á otras como los insectos que rebullen en un lago; alzándose tal vez en alas de sublime inspiracion, y arrastrándose luego como el reptil que sulca el polvo con su pecho; tan hábil é impetuoso para destruir las obras ajenas como incapaz de dar á las suyas una construccion sólida y duradera; empujado por la violencia de las pasiones, desvanecido por el orgullo, abrumado y confundido por tanta variedad de objetos como se le presentan en todas direcciones, deslumbrado por tantas luces falsas y engañosas apariencias; abandonado enteramente á sí mismo el espíritu humano, presenta la imágen de una centella inquieta y vivaz, que recorre sin rumbo fijo la inmensidad de los cielos, traza en su vario y rápido curso mil estrañas figuras, siembra en el rastro de su huella mil chispas relumbrantes, encanta un momento la vista con su resplandor, su agilidad y sus caprichos, y desaparece luego en la oscuridad, sin dejar en la inmensa estension de su camino una ráfaga de luz para esclarecer las tinieblas de la noche.

Ahí está la historia de nuestros conocimientos; en ese inmenso depósito donde se hallan en confusa mezcla las verdades y los errores, la sabiduría y la necedad, el juicio y la locura; ahí se encontrarán abundantes pruebas de lo que acabo de afirmar: ellas saldrán en mi abono, si se quisiera tacharme de haber recargado el cuadro (7).

CAPITULO V.

TANTA verdad es lo que acabo de decir sobre la debilidad del humano entendimiento, que aun prescindiendo del aspecto religioso, es muy notable que la próspera mano del Criador ha depositado en el fondo de nuestra alma un preservativo contra la